

Universidad, globalización y especialización.

América

ULA, Mérida

Cátedra Universitaria

La educación superior universitaria en Venezuela, desde sus orígenes, ha gozado de alta estima y de una valoración social importante. En efecto, a pesar de que sólo la oligarquía de entonces disfrutó de los derechos sociales de ingreso a la universidad colonial, todos los que tenían acceso a las letras aspiraban a tener un lugar en ella para su formación. Desde entonces hasta hoy, el desarrollo de la universidad ha sido sostenido dentro del crecimiento general de la educación del país. Sin embargo, hoy enfrenta retos y riesgos asociados a los requerimientos del mercado, la especialización, la industrialización y la libertad académica.

Estos retos y riesgos no podrán ser superados con facilidad. Sin embargo, bueno es pensar en un sistema educativo universitario que, habiéndolos confrontado, logre vencerlos. No es utópico imaginarlo. Utopía no es el cielo ni el paraíso, es un lugar común construido y habitado por el hombre, por seres humanos comprometidos con los principios del conocimiento pleno y con la construcción de una sociedad fundada en la sabiduría y en la inteligencia. El esfuerzo por construir a otros, sustentado en la humildad, el diálogo, la horizontalidad, la fe y la esperanza, le permitirá a la sociedad tanto generar un ambiente adecuado para el crecimiento científico, tecnológico, industrial, artístico y cultural necesarios para la vida plena, como descubrir las potencialidades, talentos, motivaciones y búsquedas de todos y cada uno de sus miembros.

Volviendo a los retos y riesgos que la universidad enfrenta hoy, miremos el problema del mercado y la globalización, los cuales obviamente afectan las condiciones bajo las cuales la educación se diseñará e implementará finalmente. Desde esta perspectiva, aparentemente gozamos de un mundo más amplio, vasto, rico y atractivo al cual podemos acceder con cierta facilidad, lo que implicaría por igual suponer que dicha amplitud impone y define criterios de participación ciudadana e institucional. Sin embargo, es sabido que no todos, aunque quieran, pueden participar y beneficiarse de la vastedad y atractivos del mercado, porque no responden a los requisitos exigidos e impuestos por él.

En las primeras etapas, el mercado global tiene efectos drásticos en los objetivos y contenidos de la educación en general y de las universidades en particular. También tiene un impacto importante en las condiciones bajo las cuales se ejecuta el aprendizaje. Las estructuras estratégicas con las que se conducirá el sistema educativo, irremediablemente deben adecuarse a las condiciones y naturaleza del mercado global. En consecuencia, entre otras decisiones, la educación no podrá pensarse y organizarse para las exigencias de la sociedad local inmediata, sino para los requerimientos de un mercado donde la industria, la ciencia y la tecnología tienen un sello marcadamente transnacional: se trata de las exigencias de la sociedad globalizada del conocimiento.

En ese contexto, el esfuerzo y la tarea inmediatos de la sociedad, consiste en integrar a todos sus miembros e instituciones al engranaje de la cultura industrial, científica, tecnológica y creativa que exige el mercado. Aunque resulte contrario a los valores del mercado, creemos que la tarea no debe, necesariamente, orientarse a la producción de mano de obra o talento experto. La tarea es construir un ser humano al máximo de sus potencialidades, para una utilización más adecuada de sus talentos. Esto es extremadamente importante para el futuro de un país enfrentado a riesgos y peligros severos. Pensar en una sociedad y un Estado ocupados en la tarea de la construcción humana del ser, no es obviamente una utopía.

Ahora bien, si por una parte la globalización, el mercado y la industrialización imponen a la educación criterios globales, generales e impersonales de competitividad y adaptación, igualmente promueven formas específicas de organización social y de racionalidad. Resulta pertinente señalar en este sentido, que la construcción y el desarrollo de la racionalidad han sido entendidos como uno de los objetivos últimos de la educación en la formación del pensamiento lógico y, específicamente, en el aprendizaje de planteamientos de problemas y en la implementación de las

soluciones más eficientes. La conducta racional consiste en un tipo de capacidad para crear sistemas lógicos intencionados, con el fin de forzar la iniciación y el mantenimiento de un patrón de actuación dirigido al logro de un propósito. Por lo tanto, la educación tecnológica y científica del hombre y de la sociedad tienden a la formación racional. En tal sentido es bueno observar, entonces, que la industria y la ciencia no sólo se derivan de la necesidad de controlar los procesos naturales, de producir bienes de consumo, comodidad, acumulación de capital y conocimiento; más allá de eso, son producto de la búsqueda de una sociedad más racional, crítica e inteligente. El reto fundamental para la universidad consiste en intervenir en los procesos de industrialización y racionalidad sin menoscabo de la naturaleza humana.

Generalmente se acepta que el sistema educativo, y el universitario en particular, se vinculen a estos procesos, por la necesidad inminente de formar trabajadores, técnicos y científicos para la sociedad en proceso de industrialización. De igual forma, la participación de la universidad en la selección de los aspirantes que formarán parte del proceso de formación, comienza a sentir el peso de las exigencias de la globalización. No obstante, tradicionalmente la universidad ha realizado este proceso de selección y admisión sin la intervención y opinión de la industria y la sociedad. De manera que, creemos, hoy se impone un punto intermedio, en el que las decisiones sean conjuntas, lo cual exige acuerdos y negociaciones entre las partes.

El método educativo tradicionalmente usado antes de la aparición de las universidades, fue el de colocar al aspirante a trabajar bajo la dirección de un maestro. Pero luego, en el contexto de la modernización y de la creciente democratización de la educación y del conocimiento, la universidad asumió casi con exclusividad esta tarea formativa, creando procesos y ambientes artificiales de trabajo, muy poco parecidos a los reales. Muy lejos de querer plantear un regreso a métodos anteriores (lo cual sería obviamente útil aunque anacrónico), creemos que la Universidad actual debe efectivamente propiciar la creación de ambientes y procesos naturales parecidos o iguales a los de la industria, la ciencia y la tecnología, manteniendo los ritmos acelerados que la contemporaneidad impone. Ambos, ambientes de aprendizaje y ritmo, deben ser resueltos en aras del buen trabajo formativo. Esta vinculación resuelve además, dos problemas adicionales: el de la eficiencia en la formación universitaria y el de la utilidad profesional del estudiante, la cual podrá ser alcanzada a través de la comprensión de su contribución laboral, técnica y científica en la industria y en la sociedad.

Cabe señalar, por otra parte, que esta visión no sólo serviría a los propósitos de elevar el «poder» tecnológico y científico de las sociedades, sino también al fortalecimiento del pensamiento que lo sustenta: el pensamiento racional. Sin embargo, no sólo esto es suficiente. Más allá del poder científico, económico, tecnológico e industrial, toda sociedad requiere del desarrollo de las capacidades del pensar; no obstante, estos parecieran ser aspectos que guardan poca conexión entre sí. En los países industrializados de hoy, la educación no requiere del pensamiento y del conocimiento para lograr un liderazgo importante en el mundo globalizado. Este aspecto, aunque inofensivo a simple vista, puede traer graves consecuencias, ya que una ciencia o una tecnología sin una racionalidad humana que permita en primera instancia preservar la vida, bien puede servir al bien o al mal, a la edificación o a la destrucción, aunque se ampare en máscaras de protección, desarrollo y grandeza.

Ahora bien, si el propósito de la educación es el desarrollo del pensamiento racional y de la sabiduría, la mejor educación es científica y humanística, y no vocacional y técnica como se pretende creer en estos días. El objeto de la educación científica y humanística es entender el mundo natural, la cultura y el hombre y no manipularlo o controlarlo, y promover la construcción industrial, científica y humanística de la sociedad. La universidad tiene un papel importante que cumplir en el logro de estos propósitos.

El desarrollo de las ciencias es indudablemente uno de los grandes logros del hombre; sin embargo sus efectos sobre otros campos del saber son notorios, particularmente en las universidades. Uno de esos efectos es el excesivo asombro que la ciencia ha inspirado en otras disciplinas, conduciendo a pensadores de diferentes áreas a la aplicación de los métodos científicos provenientes fundamentalmente de las ciencias naturales, lo que genera resultados triviales. Si lo que se busca es pensamiento y conocimiento, es acertado afirmar que los grandes creadores de la mente pueden ser de enorme utilidad en esta búsqueda. Homero fue el gran maestro de Grecia, Shakespeare de Inglaterra, Cervantes de España y Goethe de Alemania. Los grandes filósofos, teólogos, escritores y pintores crearon sus propios métodos para describir y teorizar a partir de lo que observaron del hombre, la sociedad, el mundo y sus deidades. Para muchos es importante reflexionar sobre las preguntas de la existencia del hombre y su creación cultural, así como sobre la existencia de Dios. Si las ciencias naturales no pueden responderlas, no quiere ello decir que estas preguntas no sean importantes. En efecto, siguen siendo importantes para muchos pensadores y para el hombre común.

Las ciencias físico-naturales tratan del problema de las condiciones materiales de la vida y de la existencia. Nadie duda del profundo impacto que han tenido sobre el desarrollo tecnológico e industrial. Efectivamente, la tecnología ha hecho posible la producción de enormes cantidades de bienes materiales en el mundo occidental y oriental. Nadie ha detenido sus pasos agigantados hacia ese objetivo, la producción de bienes materiales, lo que ha movilizó el mercado global, sacrificando la calidad por la cantidad. En este proceso, el arte y la literatura forman parte de una cultura marginal, a pesar de que son actividades cumbres, estelares del hombre, y como tales deberían ser propiciadas. Pudiéramos considerar como un signo de retroceso y debilitamiento social, el hecho de que frente a crisis económico-financieras, lo primero que sufra restricciones y recortes sean las artes, la educación y la salud. No obstante, y aunque todos parecieran así entenderlo, una sociedad sin cultura, sin pensamiento y sin atención a la educación, es una sociedad débil y expuesta a los riesgos de la tecnología, la industrialización, la economía, el mercado y a la especialización.

II. La ciencia, la tecnología y la industria han crecido hacia la especialización y se han sostenido en este principio, invadiendo por igual las organizaciones sociales. El principio reza que mientras más delimitado y restringido sea el campo del saber y la actividad, mayor será la producción y más eficiente el trabajo que se desempeñe.

Las universidades parecieran ser el epítome de este principio universal. Las Facultades, Escuelas, Institutos, Departamentos y Centros justifican su existencia protegiendo el más reducido espacio «académico», aunque en oportunidades el nombre que los define tengan poca conexión con el trabajo que realizan. Escuelas y Departamentos como los que conocemos en las universidades venezolanas, se ocupan de áreas específicas del saber sin comprender la totalidad de los fenómenos o de la realidad que estudian. La hipótesis es que el científico tendrá mayor éxito si sólo se ocupa de aspectos particulares, aislados del hecho total: si la realidad es fragmentada, podrá ser manipulada y mejor controlada. A medida que las partes se reducen, la especialización aumenta a favor del avance y desarrollo de las ciencias básicas y aplicadas.

Este principio igualmente se asocia a la producción y adquisición de conocimiento, que de hecho no es ventajoso para la educación si su propósito central es entender al mundo y al hombre en él. Si fragmentamos el mundo a fin de construir un conocimiento más detallado y específico, en algún momento tendremos que hacer el recorrido inverso para luego armar la totalidad.

Si aceptamos el principio de la especialización como una evolución necesaria de las universidades, el reto que se les presenta es el desarrollo de la capacidad de integración de los grupos especializados del saber. Los grupos deben ser capaces de agregar e integrar la explicación de sus partes a la del todo. El reto es de comunicación entre científicos, filósofos, historiadores, artistas, creadores y educadores.

Las ciencias naturales han evolucionado casi espontáneamente hacia la especialización. Esta evolución natural de las ciencias experimentales ha influido, por imitación, otras disciplinas del saber en las que la especialización no luce tan natural. En estas disciplinas, la especialización debería evitarse a pesar de lo vasto que resulte el campo de conocimiento que abordan. A medida que el método científico de las ciencias naturales se ha desarrollado al mismo tiempo que la especialización, se ha intentado desacreditar el método de otros campos del saber humano: ciencias sociales, filosofía, arte, literatura, lingüística, pedagogía y psicología. El método cuantitativo, empírico, positivista propio de las ciencias naturales, ha intentado menospreciar los métodos cualitativos, fenomenológicos, históricos y holísticos de las ciencias sociales y humanas.

El reto de la especialización es contradictorio para la sociedad y la universidad. Los nuevos descubrimientos e inventos científicos y tecnológicos han impulsado la aparición de nuevos campos de investigación y de nuevas exigencias para la educación. Sin embargo, el número de especialistas que la ciencia y la tecnología requieren es reducido. La industria y la tecnología han automatizado sus procesos a tales niveles que el personal humano necesario para operar las máquinas y conducir los procesos es cada vez menor. La vieja hipótesis de que la máquina suplantaría al hombre en el trabajo, fuese éste simple a complejo, es hoy aceptada sin mayor rubor. Por otra parte la universidad, a medida que ha ido asumiendo como responsabilidad la formación profesional especializada para el desempeño laboral, ha descuidado el componente intelectual de la carrera, privilegiando aspectos prácticos de aplicación rutinaria. Es válido afirmar que si una profesión no tiene contenido intelectual no puede ni debe ser «enseñada» en la universidad, porque el esfuerzo formativo se reduciría a los aspectos estrictamente técnicos. Se sabe, sin embargo, que no es fácil tratar simultáneamente la formación intelectual y práctica del estudiante. Por lo tanto, se vuelve al planteamiento inicial: la universidad y el mundo laboral-profesional deben construir un puente de comunicación que haga posible el desarrollo de ambos componentes. La formación de las estructuras intelectual, conceptual, informativa y de lenguaje, constituye la misión central de la universidad.

Sin embargo, las presiones por la especialización prematura y extrema, han requerido esfuerzos e inversiones educativos desmesurados, para apenas terminar formando técnicos con escasa formación.

La universidad descansa en los propósitos del desarrollo del pensamiento, la reflexión, la teorización y la aplicación del conocimiento, de donde derivaría su misión rectora del sistema educativo en su totalidad. Respecto al conocimiento, la universidad no puede conformarse con la recolección y acumulación de información sin las explicaciones teóricas exigidas; tampoco se puede seguir creyendo que el conocimiento científico es la única expresión válida y confiable del conocimiento y que lo demás es especulación subjetiva. Los aportes de la historia, la filosofía, la literatura, la teología y las artes deben ser apreciados tanto como los de las ciencias naturales. Con ello no se pretende crear confusión con respecto al conocimiento especializado. El conocimiento, quizás puede y debe ser especializado. De lo que se trata es que los investigadores sean capaces de crear los puentes de integración y comunicación necesarios entre los saberes que explican la realidad en su totalidad, en su búsqueda por la formación del pensamiento racional e integral.

III. El reto más importante que la especialización y diversidad del pensamiento le plantea a la universidad, es la formación y consolidación de una comunidad de pensadores.

La especialización ha impedido que se piense y actúe comunitariamente así como la diversidad ha impedido el diálogo entre los distintos campos del saber; porque se asumen bajo principios y criterios divergentes, paralelos e individuales.

La universidad aún insiste en una búsqueda pertinaz de sus propósitos e ideales comunes, que le de coherencia a su vida interior, sus valores y normas, a su práctica, ritos y filosofía. Se supone que la formación del hombre y la búsqueda y confrontación del conocimiento, son los contenidos de sus propósitos y de su ideal. También la educación en general, asume que su propósito fundamental es la construcción del ser humano conforme a un ideal establecido por la sociedad, ideal que es producto de factores históricos, psicológicos, económicos, sociales y culturales. Es obvio suponer que la formación del hombre es el fin último de la educación y de la universidad. Pero, ¿cómo determinar las características del hombre que se desea? Y si no se conocen, ¿cómo valorar los esfuerzos educativos, cómo definir la concepción y práctica pedagógicas?. Además, sin una concepción del hombre no es posible el sistema educativo, no es posible

la universidad y mucho menos el manejo de su diversidad. La universidad sólo puede concebirse en la diversidad. En efecto, sin este principio no es posible definir la universidad como la organización de la diversidad de intereses, propósitos, concepciones, ideologías, teorías y prácticas. Cosa curiosa, la diversidad sólo es posible en la concepción de la unidad filosófica del hombre. Además, la universidad no puede ser concebida de otra manera. Su filosofía y su espíritu descansan en la concepción racional del hombre que acepta la diversidad de su pensamiento. Pareciera utópico imaginar que la sociedad tenga una definición de la educación, que sueñe al hombre que desea, que le dé unidad al sistema.

Por otro lado, no es utópico pensar que la educación universitaria se dirija a la indagación y confrontación crítica del conocimiento, a la búsqueda interdisciplinaria o transdisciplinaria del saber, cuyo propósito es construir la mayor cantidad de canales posibles de comunicación entre las disciplinas y especialidades del conocimiento. En tal sentido, la educación universitaria terminaría siendo una gran confrontación. Tampoco es utópico pensar en el *curriculum* universitario abierto a todos los estudiantes, a partir del cual diseñarían el suyo propio con un carácter interdisciplinario, y que el método de enseñanza se fundamente en la indagación interdisciplinaria *con* los estudiante y no *para* los estudiantes. Esto podría ser muy parecido a lo que planteara B. Russell en 1926: *el profesor no debe trabajar simultáneamente con más de 20 estudiantes, porque el trabajo sería fundamentalmente tutorial*. Según este autor, al inicio del período lectivo, se entregaría y discutiría con el estudiante el programa, que contiene una lista de libros a ser leídos, así como las experiencias a ser desarrolladas: experimentos, invenciones, trabajos de campo, observaciones, aplicaciones, etc. Se establecerían también los informes escritos, ensayos y monografías, que cada uno deberá presentar. Se acuerdan también los días y horas de consulta y discusión para presentar los avances del trabajo, junto con los aportes teóricos, conceptuales e informativos relativos a los tópicos o fenómenos que se discuten. Este modelo no es muy diferente al de las viejas universidades. La producción del estudiante es juzgada por su trabajo: informes, ensayos, monografías, experimentos e invenciones.

Habría que añadir a estos señalamientos, otro punto importante. Todo profesor universitario debe estar involucrado con la investigación y comprometido con el saber y con el mundo. Así mismo, debe poder disponer del tiempo necesario para estar informado de lo que pasa en su campo específico de trabajo. Además, en la enseñanza universitaria es importante una buena dosis de conocimiento profundo e interdisciplinario actualizado e histórico.

En este sentido, se rompería la contradicción clásica entre enseñanza-docencia e investigación, contradicción de larga data en las universidades, debido a una falsa concepción de la enseñanza y del aprendizaje. Según esta perspectiva, el profesor no enseña, sino que conduce un programa de trabajo con el estudiante. Bajo este criterio, el estudiante no es obligado a estudiar ni a producir. El trabajo y el estudio son resultados de un compromiso tácito con el saber y la investigación en sí mismos. Y el saber en sí mismo no es utópico, así como no es utópico creer que las universidades sean centros del pensamiento y de la producción intelectual y científica, independientemente de su utilidad práctica y tecnológica inmediatas. Esta es la función universal de las universidades, que se extiende también a la reinterpretación y validación del conocimiento y la producción de nuevos conocimientos, piedra angular de la construcción y progreso humanos.

Es evidente que la globalización, la industrialización, y la especialización, plantean retos a la universidad que sólo pueden ser abordados si éstas se conciben como centros interdisciplinarios de confrontación de los saberes, y de formación del hombre racional e integral.

IV. Si la universidad se concibe de esta manera y esas son sus funciones, es necesario suponer la existencia de un ambiente académico adecuado al pensamiento, las ideas y la diversidad. Este es ciertamente un ambiente productivo de libertad crítica y problematizadora, conformado por estudiantes cuya intención es aprender y producir, y por profesores cuya única misión es producir y confrontar ideas y conocimiento.

El principio de libertad en la universidad es indispensable para la búsqueda del saber que no puede ser sometido ni condicionado. La libertad académica está asociada al pensar autónomo y crítico. La libertad académica se gesta a instancia de las sociedades que requieren de instituciones de pensamiento crítico, independiente y divergente, aunque ésta se oponga a la sociedad misma formalmente establecida.

La libertad académica está igualmente asociada al problema de la administración, el poder y el control, aunque el punto crucial en la administración de las universidades no es quién tiene el control legal, ni quién decide sobre sus libertades. Una vez estas decisiones estuvieron en manos de la iglesia y hoy en manos del Estado. Sin embargo seguimos teniendo universidades autónomas, privadas y confesionales con profundas confusiones sobre los límites de sus libertades. Esta confusión proviene de la asociación que se hace entre el proveedor de los recursos económi-

cos para su funcionamiento y su supuesta capacidad derivada para controlar no sólo la vida administrativa de la institución, sino también la académica. En la medida en que la libertad académica esté consustanciada con la profesión y la actividad docentes, no puede ser confundida con la vida administrativa de la universidad. Para mantener el derecho a la libertad académica es suficiente la demostración de que se puede estructurar una institución destinada al pensamiento crítico independiente.

Bibliografía.

- BONVECCHIO, Claudio (1997). *El mito de la Universidad*. Madrid: Siglo XXI.
GONZALEZ, Nijad Hamdan (1995). *La universidad del siglo XXI*. Caracas: Fondo Edit. Facultad de Humanidades de la UCV.
HUTCHINS, Robert M (1953). *The University of Utopia*. Chicago: Phoenix Books, The University of Chicago Press.
MAYZ Vallenilla, Ernesto (1947). *De la Universidad y su teoría*. Caracas: UCV.
RUSSELL, Bertrand (1970). *Education and the Good Life*. New York: Liveright.



Boulevard de Montmartre, Paris, Camille Pissarro, 1897. L' Ermitage.
